



mujer del infante D. Manuel; otras dos hijas, María y Leonor, murieron niñas: todos estos fueron hijos legítimos. De doña Teresa Egidia Vidaura tuvo á D. Jaime, señor de Ejerica, y á D. Pedro, señor de Ayerve, que á la muerte declaró por hijos legítimos, y llamó á la sucesion del reino caso que los hijos de doña Violante no tuviesen sucesion.

De otra mujer de la casa de Antillon hobo á Fernan Sanchez, el que arriba contamos que fué muerto por su hermano. Deste descendien los de la casa de Castro, que se llamaron así á causa de la baronía de Castro, que tuvo en heredamiento. De Berenguela Fernandez dejó otro hijo llamado Pero Fernandez, á quien dió la villa de Híjar: de todos descendieron muy nobles familias en el reino de Aragon. Lo que más es de considerar, que en la sucesion del reino substituyó los hijos varones de doña Violante, doña Constanza y doña Isabel sus hijas despues de los cuatro hijos arriba nombrados y declarados por legítimos; pero con tal condicion que ni sus madres ni ninguna otra mujer pudiese jamas heredar aquella corona. Dejó mandado á su hijo echase los moros del reino por ser gente que no se puede jamas fiar de ellos: mandamiento que si en aquella edad, y aún en la nuestra y de nuestros padres se hobiera puesto en ejecucion, se excusáran muchos daños, porque la obstinacion desta gente no se puede vencer ni ablandar con ninguna arte, ni su deslealtad amansar con ningunas buenas obras: no hacen caso de argumentos y razones, ni estiman la autoridad de nadie.

El infante D. Pedro, dado que su padre era muerto, no se llamó luégo rey; sólo se nombraba heredero del reino en sus provisiones y cartas hasta tanto que se coronase, que se hizo en Zaragoza despues de apaciguados los alborotos de Valencia, y fué á diez y seis de Noviembre; esta honra se guardó para aquella nobilísima y hermosísima ciudad; la reina tambien fué coronada, y los caballeros principales, hecho su pleito homenaje, juraron á don Alonso su hijo, que entónces era niño, por heredero de aquellos estados. Á D. Jaime, hermano del nuevo rey, se dieron las islas de Mallorca y Menorca con título de rey, como su

padre lo dejó mandado en su testamento y como arriba queda dicho que lo tenía determinado; diéronle otrosí el condado de Ruisellon y lo de Montpellier en Francia. Tuvo este principe por hijos á D. Jaime, D. Sancho, D. Fernando, D. Felipe. Esta division del reino fué causa de desabrimientos y sospechas que nacieron entre los hermanos, que adelante pararon en enemistades y guerras. Quejábase don Jaime que le quitaron el reino de Valencia, del cual le hizo tiempo atras donacion su padre, y que por el nuevo córte quese dió quedaba por feudatario y vasallo de su hermano, cosa que le parecia no se podia sufrir; su cólera y su ambicion sin propósito le agujoneaban, y aún le despeñaban sin reparar hasta tanto que le despojaron de su estado.

Lo de Navarra no andaba más sosegado que las otras partes de España, ántes ardia en alborotos y discordias civiles; cada cual acudia á uno de los bandos. Philipo, rey de Francia, como se viese encargado de la defensa y amparo del nuevo reino, determinó de ir en persona á sosegar aquellas revueltas con mucha gente de guerra que consigo llevaba. Era el tiempo muy áspero, y las cumbres del monte Pirineo por donde era el paso, cargadas y cubiertas de nieve; allegábase á esto la falta de los bastimentos á causa de la esterilidad de la tierra. Movidó por estas dificultades él se volvió del camino, pero envió en su lugar á Carlos, conde de Arras, con la mayor parte y más escogida de su gente. Era este caballero persona de grande autoridad por ser tío de la reina Juana; así, con su llegada, hizo mucho efecto. El bando contrario, maltratado por los franceses junto á un pueblo llamado Reniega, se retiró á un barrio de Pamplona que se llama Navarrería; ibanles los franceses á los alcances y apretábanles por todas partes. Por esto Garcia de Almoravides, caudillo de aquella gente, y en su compañía sus parientes y aliados, con la escuridad de la noche por entre las centinelas contrarias se fueron por la parte que cada cual pudo, por poblados y despoblados, y se salieron de toda la tierra. Algunos dellos fueron á parar á Cerdeña, en que por haber hecho allí su morada hay generacion dellos el día de



hoy. Pamplona fué tomada de los enemigos, y le echaron fuego. Los que quedaron despues deste estrago, escarmentados con el ejemplo de los otros, tuvieron por bien de sosegar; otros, acusados por rebeldes y alborotadores del reino, llamados, como no compareciesen, fueron en ausencia condenados de crimen *lesæ majestatis*, y se ausentaron de su patria.

El general frances, apaciguada que fué la discordia de los navarros, y fundada la paz de la República, pasó en Castilla al llamado del rey D. Alonso, y de él fué muy bien recibido y tratado magnífica y espléndidamente, como pariente muy cercano que era. Con la mucha familiaridad y conversacion, el rey D. Alonso se adelantó á decir que no le faltaban á él cortesanos de la misma casa del rey de Francia, que le diesen aviso y descubriesen los secretos del rey y de sus grandes. Esto quier fuese verdad, ó fingido para tentar el ánimo del frances, él lo tomó tan de véras, que desde entónces Broquio, camarero del rey de Francia, comenzó á ser tenido por sospechoso. Acrecentaron la sospecha unas cartas suyas que enviaba al rey D. Alonso en cifra, que vinieron en poder de los que calumniaban por haberse muerto en el camino el correo que las llevaba. Pasó el negocio tan adelante, que fué condenado en juicio, y pagó con la cabeza; pero esto avino algun tiempo adelante.

Doña Violante, reina de Castilla, como viese que la edad de sus nietos (que ella mucho queria) era menospreciada, y que anteponian á don Sancho, y que ella no estaba muy segura (en tanta manera pervierte todos los derechos la execrable codicia de reinar), pensó de huirse: con este intento hizo que el rey de Aragon, su hermano, viniese al monasterio de Huerta, só color de quererle allí hablar. Acompañaban á la reina sus nietos por manera de honralla, y así con ellos se entró en Aragon: procuró de estorbárselo el rey D. Alonso desde que supo lo que pasaba, pero fué por demas. El pesar que con esto recibió fué tal y el coraje que ninguna pérdida suya ni de su reino le pudiera entristecer más. El enojo y saña del rey se volvió contra aquellos que creyó ayudaron y tuvieron parte en la partida de la reina: mandó

prender en Búrgos, donde el rey y D. Sancho eran idos de Segovia, al infante D. Fadrique, su hermano, y á D. Simon Ruiz de Haro, señor de los Cameros, varon de alto linaje y de muy antigua nobleza. Ardia la casa real y la córte en discordias, y eran muchos los que favorecian á los nietos del rey. Simon Ruiz fué quemado en Treviño por mandado de D. Sancho: á don Fadrique hizo cortar la cabeza en Búrgos con grande odio del nuevo principado, pues eran éstas las primeras señales y muestra que daba, mayormente que sin ser oidos los condenaron.

Los más extrañaban este hecho, conforme como á cada cual le tocaban los muertos en parentesco ó amistad, pero el odio estaba secreto y disfrazado con la disimulacion. Enviáronse embajadores el un rey al otro: el rey de Castilla pedia que se le enviase su mujer, y que aprobase la eleccion de D. Sancho; excusábase el rey de Aragon con que no estaba aún del todo determinado el negocio, y alegaba que en su reino tenían refugio y amparo cuantos á él se acogiesen, cuanto más su misma hermana. Pasaron tan adelante, que hobiera el de Aragon movido guerra á Castilla (como algunos pensaban) si la rebelion de los moros de Valencia no le embarazára; los cuales, confiados en la venida del rey de Marruecos, con las armas se apoderaron de Montesa; pero estos movimientos tuvieron más fácil fin de lo que se pensaba. Los moros, despedidos de la esperanza del socorro de África que esperaban, entregaron al rey el mes de Agosto, año de nuestra salvacion mil doscientos setenta y siete, á Montesa y otros muchos castillos que tomáran.

En este tiempo, el rey D. Alonso era venido de Búrgos á Sevilla: de allí envió grande armada y mucha gente de guerra á cercar á Algecira por mar y por tierra. Aquella guerra, ante todas cosas, tenía los ánimos de los fieles puestos en cuidado: temian que los africanos por la vecindad de los lugares y por tener ya asiento en España y guarida propia, no acudiesen muchas veces á nuestras riberas: sin embargo, las discordias civiles por otra parte les tenían los ánimos tan ocupados, que no se les daba mucho de todo lo al; todavía intentaron





de quitalles aquel nido. El verano fué D. Pedro, hijo del rey D. Alonso, con poderoso ejército á la conquista de aquella ciudad. Dió la vuelta sin hacer algun efecto con mucha deshonra y pérdida de su gente, y nuestra armada, por estar falta de marineros y de soldados con la venida del rey de Marruecos, fué desbaratada y presa: deshízose el campo, los soldados unos se fueron á una parte, otros á otra. Hay quien diga que en aquel tiempo el rey de Marruecos edificó otra nueva Algecira poco distante de la primera. El cuerpo del rey D. Jaime se llevó de Valencia, donde le depositaron en un sepulcro junto al altar mayor de la iglesia catedral, y se trasladó al monasterio de Poblete, entrado ya el verano. Las exequias del difunto se celebraron espléndidamente con gran concurso de caballeros principales que se juntaron en Tarragona por mandado del nuevo rey.

Con la partida de la reina doña Violante, los reyes de Castilla y Francia comenzaron á estar muy cuidadosos por respeto de los niños infantes. El cuidado por entrambas partes era igual, los intentos diferentes y aún contrarios. El de Castilla quisiera estorbar que no se pasasen en Francia, do para su inocente y tierna edad tenían muy cierta la acogida y el amparo, en especial que D. Sancho su hijo le ponía en esto con el deseo que tenía de asegurarse, sin descuidarse de continuar en granjear las voluntades de grandes y pequeños con la nobleza de su condicion, agudeza de ingenio y agradables costumbres; y con valor y diligencia apercebirse para todo lo que podia suceder. El de Francia temia que si venian á manos y poder de su tío, correrian peligro de las vidas, por lo ménos de perder la libertad. Sabia muy bien cuán deseosos son los hombres naturalmente de mando, y que la ambicion es madre de crueldad y fiereza. Habíanse enviado sobre esta razon diversas veces de parte de Castilla y de Francia, muy solemnes embajadas al rey de Aragon; cosa muy honrosa para aquel príncipe, que fuese como juez árbitro para concertar dos reyes tan poderosos, muy á propósito para sus intentos tener suspensos aquellos príncipes y en su poder los infantes. Ventilado el nego-

cio, finalmente, se acordó que doña Violante tornase con su marido, y que los infantes quedasen en Aragon sin libertad de poder ausentarse: lleváronlos al castillo de Játiva, y allí los pusieron á recado.

Esta resolucion dió mucha pena á doña Blanca su madre, por parecelle que en quien fuera justo hallar amparo, allí se les armaba celada, y con nuevos engaños les quitaban la libertad. Partióse, pues, para Aragon; mas no alcanzó cosa alguna, porque las orejas del rey las halló sordas á sus ruegos y lágrimas: no hacia caso de todo lo que se podia decir y pensar á truco de enderezar sus particulares. Desde allí, muy enojada pasó en Francia á hablar al rey su hermano y movelle á hacer la guerra contra Castilla y Aragon, si no condescendian con lo que era razon y ella pretendia. Era muy á propósito el reino de Navarra, que se tenía por los franceses para estos intentos, por confinar con Castilla y Aragon por diversas partes. Puso esto en cuidado al rey de Aragon y al infante D. Sancho: para tomar acuerdo de lo que se debía hacer, determinaron venir á habla. Señalaron para ello cierto lugar entre Requena y Buñol: acudieron allí, y se juntaron el dia aplazado á catorce de Setiembre del año del Señor de mil doscientos setenta y nueve. En esta junta y habla, echados aparte todos los desabrimientos y enojos pasados, trabaron entre sí amistad y pusieron confederacion para valerse al tiempo de necesidad.

Concluida esta habla, el rey de Aragon tomó el camino de Cataluña, que estaba alterada por las discordias de la gente principal. Armengól de Cabrera era el principal atizador de estas revueltas, hijo de Alvaro de Cabrera, al cual el rey poco ántes diera el condado de Urgel, como á su feudatario y por respeto del conde de Fox: todo esto no bastó para ganalle. El rey, visto lo que pasaba, se puso sobre la ciudad de Balaguer, cabecera de aquel estado: prendió al dicho Armengól y á su tío Rogerio Bernardo, conde de Fox, con otros señores que dentro halló: túvolos presos largo tiempo, en especial al de Fox que se le rebelára más veces y más feroz se mostraba: con tanto calmaron las alteraciones de los catalanes. D. Sancho se



encaminó á Badajoz, donde su padre estaba, que era venido desde Sevilla á verse con D. Dionisio su nieto, rey de Portugal, con intento de hacer las paces entre él y D. Alonso su hermano, al cual pretendia por fuerza de armas echar del estado que su padre le dejó en Portugal. Alegaba diversas razones para dar color á esta su pretension, de que recibian mucho descontento las gentes de Portugal por ver que entraba con tan mal pié en el reino, y que apenas era muerto su padre, cuando pretendia despojar á su hermano y trabar con él enemistad. Falleció en Lisboa, al principio deste mismo año, el rey D. Alonso de Portugal, padre de D. Dionisio. Vivió setenta años, reinó treinta y dos: en el monasterio de Santo Domingo de aquella ciudad que él edificó, enterraron su cuerpo.

D. Sancho, luégo que se hobo visto con su padre, fué por su órden á hacer levas de gente por todo el reino, y apercebirse de soldados contra el rey de Granada que á la sazón sabia estar ocupado en la obra del alcázar de aquella ciudad, llamado el Alhambra, fábrica de gran primor y en que gastó gran tesoro, ca era este rey moro no ménos diestro en semejantes primores que en el arte militar.

Para movelle guerra no podian faltar achaques, y siempre los hay entre los príncipes cuyos Estados alindan: lo que yo sospecho es que el rey de Granada en la guerra de Algecira dió favor al de Marruecos, de lo cual, por estar agraviados los nuestros, en el asiento que se tomó poco ántes desto con los africanos no fueron comprendidos los de Granada. Dionisio, rey de Portugal, sea por no fiarse de su abuelo, como quier que sean dudosas é inconstantes las voluntades de los hombres, sea por pensar se inclinaba más á su hermano (como de ordinario siempre favorecemos la parte más flaca, y aún el que es más poderoso, en cualquier diferencia, puesto que tenga mejor derecho, siempre parece que hace agravio); si bien habia llegado á Yelves, que está tres leguas de Badajoz, repentinamente mudado de parecer, volvió atras. Fué grande el enojo que el rey D. Alonso recibió por esta liviandad: así, perdida la esperanza de verse con su nieto, muy desabrido dió la vuelta para Sevilla.

En este tiempo Conrado Lanza, general de la mar por el rey de Aragon, persona de grande autoridad para con todos por ser pariente cercano de la reina doña Constanza, con una armada que aprestó de diez galeras, corrió las marinas de África, mayormente las de Túnez y Tremecen, en castigo de que aquellas ciudades no querian pagar el tributo que algunos años ántes concertaron: cierto autor afirma que esta empresa fué y se enderezó para meter en posesion del reino de Túnez á Mirabusar, á quien su hermano le echára dél. Todos concuerdan que la presa que de allí llevaron los aragoneses fué grande, y que en el Estrecho de Gibraltar, de diez galeras que encontraron del rey de Marruecos y las vencieron, parte tomaron, parte echaron á fondo. El rey de Aragon en Valencia, donde se entretenia muy de ordinario, hizo donacion á D. Jaime su hijo, habido fuera de matrimonio, del Estado de Segorve por el mes de Noviembre.

En Castilla de cada dia se aumentaba la aficion que los naturales tenían al infante don Sancho, y aún á muchos parecia que trataba de cosas mayores de lo que al presente mostraba, y que luégo que concluyese con los sobrinos, menospreciaría á su padre, que ya por su edad iba de caída, y le quitaría el mando y la corona. El padre, por su gran descuido, de ninguna cosa ménos se recataba que desto, sin saber las prácticas de su hijo, así las públicas como las secretas. Partió, pues, D. Sancho, el año luégo siguiente de mil y doscientos y ochenta, á la primavera con el ejército que tenía levantado, la vuelta de Jaen, y con nuevas compañías que su padre le envió desde Sevilla, aumentado su ejército, entró muy pujante por las fronteras de Granada, taló y robó toda la campaña sin parar hasta ponerse á vista de la misma ciudad; quemó muchas aldeas y pueblos, recogió gran presa de gentes y de ganados, con que volvió á Córdoba: desde allí acompañó á su padre hasta Sevilla. Con el buen suceso desta guerra ganó mayor autoridad, y granjeó del todo las voluntades de la gente, cosa que él estimaba en más que todas las demas ganancias, por asegurarse en la sucesion del reino, que era el cuidado que más le aquejaba.





Principalmente, que Philipe, rey de Francia, con la afición que tenía á los dos infantes sus sobrinos, hacia instancia que fuesen puestos en libertad, y que en lugar de su abuelo que los pedia, se los entregasen á él. Envió, pues, sobre esta razon embajadores á los dos reyes; llevaron orden que al principio tratasen el negocio amigablemente, ca no tenía perdida la esperanza que hobiesen de dar oídos á tan justa demanda; si no se allanasen como deseaba, les diesen á entender que tendrían en los franceses enemigos mortales; que él estaba resuelto de amparar la inocente edad de aquellos mozos por todas las vías y maneras que pudiese.

Como los nuestros no se moviesen por amenazas ni por ruegos, se trató y acordó que para tomar algun medio, y en presencia componer todas las diferencias, los tres reyes se juntasen á habla, para lo cual se dieron unos á otros la palabra y seguridad bastante. Con esta determinacion el rey de Francia llegó á Salvatierra, el rey de Castilla á Bayona, ciudad que está en los pueblos dichos antiguamente Tarbellos, en los confines de Guiena. No se juntaron los reyes para tratar de las condiciones y del asiento: el infante D. Sancho desbarató la junta con su astucia y con sus mañas, por temer no alcanzasen de su padre, que claramente via estar aficionado á los nietos, alguna cosa que le empeciese á él. Lo que solamente se pudo alcanzar fué que Carlos, príncipe de Taranto, hijo del rey de Sicilia, interviniese entre los reyes y llevase los recados de la una parte á la otra, y sin embargo no se concluyó cosa ninguna, porque todos los intentos de los príncipes desbarataba con sus mañas D. Sancho, si bien lo que los franceses pedían parecia muy justificado, esto es, que se le diese al infante D. Alonso la ciudad de Jaen con nombre de rey, y como á feudatario y dependiente de los reyes de Castilla.

Desbaratada que fué la junta, todavía los reyes de Francia y Aragon se vieron en Tolosa para tratar deste negocio entre sí. El fruto desta habla no fué mayor que el de ántes, en tanto grado, que parecia hacia burla del rey de Francia. Sólo se sacó desta junta que el rey de

Francia prometió debajo de juramento dejaria el estado de Montpellier á D. Jaime, rey de Mallorca, porque ántes desto pretendia ser suyo y quitársele. Muy alegre quedó el infante don Sancho de que con todo el esfuerzo que aquel rey hizo, y con tantas porfias, no se habia alcanzado de los reyes cosa alguna que fuese en pro de los infantes sus sobrinos. Sólo se recelaba de la inconstancia de su padre, por la compasion que mostraba tener de aquella tierna edad, no viniese á favorecer los nietos, ca de estar mudado de parecer se veían manifiestas señales, y muchos, que con diligencia y cuidado consideran los enojos de los príncipes y sus inclinaciones, por entender esto no cesaban de irritar al rey D. Alonso contra su hijo y contalle y encarecelle sus desacatos. Decían que estaba apoderado de todo el gobierno, que todo lo trastornaba y revolvía conforme á su antojo, que no estimaba en nada su real autoridad y grandeza.

Era el rey D. Alonso de ingenio vario, mudable, doblado; tenía en sus acciones una maravillosa inconstancia, falta que con la edad suele tomar más fuerza. D. Sancho, por entender estas cosas, determinó ayudarse de socorros extraños y de fuera, y hacerse amigo del rey de Aragon y prendelle, en que puso mucha diligencia. Envióle sobre esta razon y con este intento sus embajadores, primero á don Gonzalo Giron, maestre de Santiago, despues al marqués de Monferrat; la suma de la embajada era que se juntasen para tratar de sus haciendas y de cosas de mucha importancia. Acordado esto, los reyes D. Alonso, D. Pedro, y tambien el infante D. Sancho se juntaron entre Ágreda y Tarazona, en un pueblo que se llama el Campillo. Fué esta junta á veintisiete de Marzo del año de mil y doscientos y ochenta y uno. Asentóse confederacion entre aquellos dos reinos de tal guisa que los que fuesen amigos del uno fuesen amigos del otro, y lo mismo de los enemigos sin exceptuar á persona alguna; que el que primero quebrante este concierto, pagase de pena diez y seis mil libras de plata. Dieron al rey de Aragon en esta junta á Palazuelos, Teresa, Jera, Ayora; y á D. Manuel, hermano del rey D. Alonso, cuyas eran estas



villas, dieron en recompensa la villa de Escalona.

Esto fué lo que se trató en público; de secreto se acordó que los dos reyes acometiesen el reino de Navarra, y se enseñoreasen dél; señalaron otrosí la parte que á cada cual habia de pertenecer acabada la conquista, ultra desto se le concedió á D. Sancho que los infantes estuviesen en el castillo de Játiva á buen recado. El cual, despedida la junta en Ágreda, donde fué con los dos reyes para obligar más al rey de Aragon y ganalle más la voluntad, le prometió y aseguró muy de véras que como su padre falleciese le dejaria todo el reino de Navarra para que le incorporase en la corona de Aragon, y ultra desto le daria en Castilla la villa de Requena con todos los lugares de su jurisdiccion, que están hácia el reino de Murcia y á la raya del de Valencia. Andaba su partido en balanzas, y su ánimo dudoso entre el miedo y la esperanza; por esto no le parecia vergonzoso y feo comprar su seguridad á costa de tantas promesas.

Don Juan Nuñez de Lara, en aquellos tiempos varon grave y poderoso, segun se ve en las historias, era señor de Albarracin, por vía de dote con doña Teresa, hija de D. Álvaro de Azagra, que fué señor de Albarracin, y por consiguiente, nieta de D. Pedro Rodríguez de

Azagra. Dende allí por la fortaleza del lugar, y por estar á las rayas de Aragon y Castilla, tenía costumbre de hacer correrías en ambas partes, y solia llevarse muchos despojos, además que recibia debajo de su amparo y proteccion á todos aquellos que de los dos reinos acudian á él por delitos que hobiesen cometido. Particularmente, D. Lope Diaz de Haro, señor tan poderoso, se vino y metió en aquella ciudad, por estar muy mal enojado con D. Sancho y con el rey de Castilla, á causa de la muerte del infante D. Fadrique y del señor de los Cameros. Trataron entre sí D. Sancho y el rey de Aragon en Tarazona de dar orden de conquistar aquella ciudad y deshacer á don Juan de Lara. El rey D. Alonso se fué á Búrgos á celebrar las bodas de sus hijos D. Pedro y D. Juan. Á D. Pedro dió por mujer una hija del señor de Narbona, y á D. Juan una hija del marqués de Monferrat, que fué lo más que se sacó y se efectuó con tantas juntas y coloquios y vistas de reyes, tantos gastos y trabajos. España á esta sazón sosegaba, si bien parecia que la amenazaba alguna cruel tempestad, á causa de estar todas las voluntades, así bien de los grandes como de los pequeños, muy alteradas y desabridas, y la pretension que andaba sobre la sucesion del reino.